



## DOCUMENTO 2

### Pequeños dramas

*Pequeños dramas* se publicó en 1888. De ella, cuenta Peón Contreras que sus versos aparecen tal como se escribieron, “sin artificioso arreo, sin artística compostura, lo mismo que las aves parten del nido, ávidas de espacio, de horizontes y luz, sin preocuparse del dolor de sus plumas, ni del valer de sus canciones, ni de su fuerza para volar. Cantan lo que saben y vuelan lo que pueden”.

## Pequeños Dramas

Al Sr. D. Francisco Patiño

México.

*Te envió estos veinte romances que escritos fueron en testimonio de viva y honda simpatía, para el álbum de una joven y noble dama, rindiéndole con ellos homenaje, humilde pero sincero, de admiración profunda á su excepcional privilegiada inteligencia.*

*Quedar debieron guardados tal vez por mucho tiempo, en las páginas de aquél libro; mas, por motivo especialísimo, salen hoy al mundo de las letras sin que por eso dejen de ser, como siempre, ofenda de eterno-culto.*

*Aparecen por esto mismo, destituidos de pretensiones tales como se escribieron, sin artificioso arreo, sin artística compostura, lo mismo que las aves parten del nido ávidas de espacio, de horizontes de luz, sin preocuparse del color de sus plumas, ni del valer de sus canciones, ni de su fuerza para volar. Cantan lo que saben y vuelan lo que pueden.*

*Mérida, Enero 13 de 1887.*

*José Peón y Contreras.*

# XIMENA

## I

Celajes en el oriente,  
dosel de un sol que se ausenta,  
sombras que flotan errantes  
sobre la faz de la tierra;  
flores que su cáliz abren,  
flores que su cáliz cierran,  
perfumes que se dilatan,  
perfumes que se concentran;  
aves que forman al nido,  
aves que del nido vuelan,  
almas que al amor se duermen,  
almas que al amor despiertan,  
hora santa, hora bendita  
para el alma del poeta;  
hora en que el mundo se viste  
su regio manto de estrellas.

## II

Una gran plaza sombría,  
una casa solariega,  
un atrio frente á la casa  
y al fin del atrio una Iglesia.  
La casa siempre en silencio,  
siempre una luz en la reja;  
la Iglesia siempre cerrada  
y siempre un hombre á la puerta.  
En la reja, muchas veces,  
negra, inmóvil, la silueta  
de una mujer, y en el atrio  
la sombra del hombre, negra.  
Y entre las dos negras sombras,  
el negror de las tinieblas,  
y el negror de unas desdichas,  
y el negror de unas tristezas!

### III

Algún transeunte que pasa  
las sombras mira, y al verlas  
ó se detiene un instante  
fijando la vista en ellas,  
ó no se detiene, pasa;  
pero las mira y se aleja  
diciendo: "Pobre Manrique,  
desventurada Ximena!"

### IV

Murió Ximeno Ximénez  
en aquella casa vieja,  
pero algunas horas antes  
de que Ximeno muriera,  
llamó á Nuño, el escudero  
que con él luchó en la guerra;  
el que curó sus heridas,  
el que le sirvió la mesa,  
el que cuando él no dormía  
pasaba la noche en vela;  
su amigo más leal, su perro....  
y hablóle de esta manera:  
-Nuño, Manrique de Luna  
enamora á mi Ximena,  
y mi Ximena le quiere  
y no quiero que se quieran.  
Tu sabes de un caballero  
á quien hice una promesa  
y es preciso que se cumpla,  
que se cumpla aunque yo muera.  
Dí la mano de mi hija  
á Sancho Lope de Ruela,  
y que se casa con Sancho  
es mi voluntad postrera.  
Así te lo mando, Nuño;  
así lo mandé á Ximena,

y lo que de vivo mande,  
muerto yo, mandado queda.  
Y algunas horas pasadas  
de que estas frases dijera,  
murió Ximeno Ximénez  
en aquella casa vieja.

## V

Y de aquella vieja casa  
se abrió un día la gran puerta,  
y un gran señor muy apuesto,  
y una gran dama muy bella,  
y un escudero sombrío  
y de mirada siniestra,  
y dos gentiles mancebos,  
y dos damas y una dueña,  
salieron, y ya en la calle  
ellos graves, graves ellas,  
atravesaron el atrio  
y se entraron en la Iglesia.

## VI

Y detrás de ellos, volando  
como los pájaros vuelan,  
salió también á la calle  
un pajecillo que lleva  
una promesa en el alma,  
de oro una joya en la diestra,  
un puñal en la cintura  
y una carta en la escarcela.  
De una suntuosa morada  
hasta los dinteles llega,  
y llama y su nombre dice,  
y á pocos instantes entra.

## VII

Duerme Manrique de Luna  
pero más que duerme sueña,  
sueña que un soñado sueño  
le está contando á Ximena.  
“Ximena mía, le dice:  
soñando estuve en aquella  
ocasión afortunada  
que te ví la vez primera,  
cuando sentí que te quise,  
cuando te miraba apenas,  
cuando apenas te queria  
y te ví tan hechicera.  
¿Te acuerdas?, cuando sentiste  
que ya me amabas, Ximena,  
antes de que me miraras  
antes que me lo dijeras,  
qué será, bien de mi vida,  
qué será, si entonces era  
chispa sólo, lo qué es hoy  
un incendio que nos quema?  
Tanto te adoro, que estar  
eternamente quisiera,  
ó en la tumba sin tu amor  
ó con él en esta reja.”  
Así soñaba el de Luna  
en fantástica quimera,  
ilusiones mentirosas  
y esperanzas lisonjeras;  
cuando llamándole quedo  
le dijeron, en voz queda,  
que despertase que estaba  
llamando Lope á la puerta.

## VIII

Entró Lope y al de Luna  
le dijo con voz resuelta:

“Señor, á Ximena casan,  
señor, casan á Ximena;  
dice, señor, que te adora,  
dice que te dé esta prenda,  
y que esté puñal te entregue  
y esta carta y que la leas.

—Léela tú, gritó Manrique  
con voz como de tormenta,  
—Léela tú mientras me visto,  
y leyó Lope:

“Despierta,  
soy yo quien esto te envía:  
la joya, para que creas,  
el puñal, para que mates,  
la carta, para que vengas.”

## IX

Llegó Manrique de Luna  
á la puerta de la Iglesia,  
una mujer de rodillas  
miró y un hombre junto á ella.  
Al sacerdote en el ara  
bendiciendo una promesa,  
y se detuvo asombrado  
y rugió como una fiera.  
Brilló la hoja en su mano;  
pero antes que traspusiera  
el dintel sagrado, rayo  
que el negro espacio atraviesa,  
fugaz relámpago rápido,  
deslumbradora centella,  
cayó la espada de Nuño  
sobre su noble cabeza;  
y cayó al suelo Manrique  
bañado en su sangre mesma,  
entre los brazos de Lope  
que ve á Nuño y jura y tiembla.

## X

Todos luego se agruparon  
en torno á Manrique, y cuentan  
que prescindió de la boda  
don Sancho Lope de Ruela.

## XI

Como esas pálidas flores  
que el invierno helado deja;  
que en sus primeros halagos  
fecunda la primavera,  
en un pequeño aposento  
que tiene sólo una reja,  
solitaria y suspirando  
se va muriendo Ximena.  
A su postigo de noche  
se asoma, y entre la niebla  
mira vagando en el atrio  
de su amor la sombra negra...  
¡A su Manrique!

## XII

Manrique  
después de la fiebre horrenda  
de la doble y honda herida  
de la alma y de la materia,  
tornó al mundo... ¿Qué es el mundo  
qué sus sentidos rodea?  
¿qué es el aire que respira?  
¿qué el espíritu que piensa?  
¿qué el cielo? No lo sabe.  
¿Qué es la tierra? No está en ella.  
Quedó una imagen en su alma,  
en su cerebro una idea.



Con los ojos sólo mira  
una pálida belleza,  
palabras tiene en los labios;  
pero palabras para ella.  
Oídos que sólo escuchan  
una voz dulce y ligera,  
como el rozar de unas alas,  
como el vibrar de una cuerdas!

### XIII

Manrique á las oraciones  
cuando la campana suena,  
camina desde su casa  
hasta el atrio de la Iglesia,  
y en voz muy baja murmuran  
las gentes que á verlo llegan:  
—“Allá va Manrique, el loco,  
que va á ver á su Ximena.”  
Y es de ver cómo en el atrio  
aquella sombra vaguea;  
y aquella otra sombra inmóvil  
y muda, tras de la reja,  
y entre las dos negras sombras,  
el negror de las tinieblas,  
y el negror de unas desdichas,  
y el negror de unas tristezas!

### XIV

Abriendo están un sepulcro  
en el atrio de la Iglesia,  
y mudo el loco, veía  
cómo sacaban la tierra.  
Y á la hora en que el mundo viste  
su regio manto de estrellas,  
miró cómo en unas andas  
llegó hasta el atrio una muerta.

Estuvo viendo el cadáver  
con espantosa fijeza,  
miró la frente marmórea  
coronada de azucenas,  
miró los lívidos labios  
de aquella boca tan bella,  
miró los velos marchitos  
de aquella pupilas negras,  
y moviendo tristemente  
con lentitud la cabeza,  
dijo, cerrando los ojos,  
“esa mujer es Ximena.”

## XV

Y después de verlo todo  
con espantosa fijeza,  
después que el ataúd bajaron,  
después que echaron la tierra,  
después que los que venían  
acompañando á la muerta  
se fueron como vinieron,  
llenos de angustia y de pena,  
se quedó solo Manrique  
buscando la sombra aquella,  
entre la casa y el atrio,  
entre la tumba y la reja.

Mérida, marzo 10 de 1883.

## MENDO MENENDEZ

### I

Así escribe Doña Elvira  
al doncel Mendo Menéndez:  
—“Mendo me quieren casar:  
“bien lo sabes, bien lo temes:  
“pero no lo temas, Mendo,  
“porque tu Elvira no quiere.  
“Yo sabré morir primero!  
“Supongo que lo prefieres;  
“y si tal desdicha ocurre,  
“y si tal aconteciere,  
“espérame en tu aposento,  
“y no dudo que me esperes,  
“porque como yo, mi bien,  
“sabes que los muertos vuelven!  
“No te olvides de mis ojos  
“que se gozaban en verte;  
“aquellos que me decías  
“que eran dos soles...—¿Me quieres?  
“No te olvides de los labios  
“que te hablaron tantas veces,  
“aquellos que me decías  
“que eran corales... —¿Me quieres?  
“Si respondes á estas líneas  
“que tantas lágrimas tienen,  
“no te olvides de decirme  
“veinte veces: que me quieres!”

### II

Vive en prisión Doña Elvira  
porque casarse no quieré  
con un noble caballero,  
que hacerla suya pretende.  
Es su padre un viejo conde

el que encerrada la tiene,  
porque ha jurado: ó casarla  
ó verla morir mil veces!

### III

Llega el conde á la prisión  
seguido de sus donceles,  
y entra á la prisión con ellos  
después de llamar tres veces.  
—“Hija mía, dice el viejo,  
mañana don Jofre viene,  
y antes de que el alba espire  
con él desposarte debes.  
Cubierta está en la capilla  
el ara en blancos manteles,  
y arde la cera, y se aguarda  
nada más á que despiertes”  
No contesta Elvira al conde,  
el conde juzga que duerme;  
y la llama y no despierta,  
y la toca y no se mueve!  
—¡Ola!, grita el viejo conde  
á las doncellas: no esperen,  
vistan su traje de boda  
á ese cadáver inerme,  
porque ha de llegar don Jofre,  
porque don Jofre ya viene,  
y es fuerza que me la pida,  
y es fuerza que se la entregue!

### IV

—Allí la tienes, don Jofre,  
es tu esposa, allí la tienes.  
Te la negó la esperanza  
y te la entrega la muerte.  
Que duerma donde los tuyos

el último sueño duermen;  
y ya he cumplido... Así cumple  
quien una palabra tiene.

V

Llevóse á su esposa, Jofre,  
á su castillo, y sostienen  
los que lo vieron, que todas  
las noches, cuando los leves  
tintes del alba en el cielo  
no señalan el oriente,  
vestida en traje de boda  
doña Elvira se aparece,  
y que á la puerta del conde  
llega y llama por tres veces.  
Después por los corredores  
avanza, y en donde tiene  
él sólo su habitación  
el doncel Mendo Menéndez,  
mirando hacia todos lados  
un instante se detiene;  
que después la puerta se abre  
sin que rumor, ni el más leve,  
y después como una sombra  
Elvira desaparece.

Y por eso el cronista  
de aquel conde, aunque lo niegue  
el mundo entero, en su crónica  
dice que los muertos vuelven.

Mérida, abril 6 de 1887.

## IDA

### I

De una cámara espaciosa  
entre las cuatro paredes  
está una dama, que es Ida,  
y está un hombre, que es Ruy Pérez,  
ni una palabra se dicen;  
que pronunciarla no pueden,  
y que cuando hablan las almas  
los labios se callan siempre.  
¡Lástima que no se vean  
cruzando tristes ó alegres  
las esperanzas que parten  
de las almas que se quieren!  
¡Lástima que no se escuchen  
estas frases que se pierden  
donde van los pensamientos  
llenos de amor á perderse!  
¡Lástima que no se miren  
esas lágrimas ardientes,  
que nunca salen del alma  
porque el alma se las bebe!  
Y lágrimas y suspiros  
y esperanzas sólo tienen  
el alma pura de Ida  
y el corazón de Ruy Pérez.

### II

Súbito como el destino  
implacable, cuando hiera,  
aparecióse en la estancia  
el conde Vasco de Albuernes,  
y con voz pausada y ronca,  
cual del destino, solemne,  
dejó escapar de sus labios

estas palabras:— “Ruy Pérez,  
de este castillo á la puerta  
enjaezado el potro tienes,  
y esta carta que te entrego,  
y esta espada de buen temple.  
Juréle á tu padre mismo  
junto á su lecho de muerte  
que te enviaría á la guerra,  
y el que jura cumplir debe.  
Cumplo, pues, dame tus brazos;  
Ida te espera sí vuelves,  
dile adiós... y con la ayuda  
de la Providencia, vete!” —  
¡Lástima que no se vean  
cruzando tristes ó alegres,  
las esperanzas que parten  
de las almas que se quieren!

### III

Yermos campos solitarios,  
vastas llanuras estériles,  
lóbregas selvas salvajes,  
turbios lagos sin corrientes,  
desenfrenadas tormentas,  
cielo negro, negro siempre,  
mar sin espumas ni playas,  
olas que en las olas mueren;  
sueño que á gritos se llama,  
sueño á los gritos rebelde,  
inquietud que llega sola,  
hondo sopor que adormece,  
aire que en el pecho falta,  
ansias que en el alma duelen,  
eternidades de penas  
que en un instante aparecen.  
Ruinas de hermoso palacio  
que fué del tiempo juguete,  
escombros de una belleza

donde tristes flores crecen.  
Una helada sepultura  
y sobre el mármol perenne,  
un ser vivo que suspira  
por el que en la tumba duerme!  
A veces una esperanza  
brota en el alma, cual suele  
abrir en los arenales  
un lirio el cáliz de nieve,  
una ilusión como sombra  
que atraviesa por la mente,  
como atraviesa áurea nube  
por el horizonte á veces...  
Este es el mundo que habitan  
los espíritus ausentes...!  
ay! desventurada Ida!  
¡desventurado Ruy Pérez!  
¡Lástima que no se escuchen  
esas frases que se pierden  
donde van los pensamientos  
llenos de amor á perderse.

#### IV

Para qué sirven las flores  
si en el alma no florecen?  
¿De qué sirven las estrellas  
si el nublado las envuelve?  
En vano le ruega Ida  
al conde Vasco de Albuernes,  
ay! el conde es el destino  
y el destino se ensordece!  
Es la roca en que se estrella  
ola gigante que inerme  
torna á caer en el seno  
de la mar que se enfurece!  
¡Destino!; ¿qué es el destino?  
ave negra que se cierne  
sobre la pálida efigie



del que viviendo se muere!  
Nieve de nacar que enciende  
la luz de un alegre día  
¡cuando dichoso amanece!  
¡Destino!; ¿qué es el destino?  
¡Quién lo sabe!, ¡quién lo entiende  
Sombra ó luz, congoja ó dicha....  
¡Destino es lo que Dios quiere!  
Ida sufre, Ida encerrada  
lentamente languidece,  
entre la luz y la sombra,  
*entre la vida y la muerte!*  
Lo mismo pasa al mancebo,  
lo mismo pasa á Ruy Pérez;  
y entre su amor y sus dudas  
ríe y llora, vive y muere!  
¡Lástima que no se miren  
esas lágrimas ardientes,  
que nunca salen del alma  
porque el alma se las bebe.

Mérida, mayo 3 de 1883

## SARA

### I

En una cámara, apenas  
alumbrada por un resto  
de la hermosa luz del día,  
(de un día del mes de enero  
de mil seiscientos cuarenta  
poco más ó poco menos),  
estaba un hombre sentado  
y enfrente de él y no lejos,  
una mujer muy anciana  
de triste aspecto severo.  
El es don Diego de Sesa,  
gallardo y gentil mancebo,  
la anciana, doña Mencía,  
su noble madre.

### II

—Comprendo;  
y no he de olvidar, señora,  
que amor y respeto os debo.  
Mas no es posible obsequiaros  
ni tampoco obedeceros,  
que aquel amor es más grande  
qu este amor y este respeto.  
Si así á mi destino plugo,  
vive Dios! que es bien adverso,  
mas para luchar con él  
ha de sobrarme el aliento.  
—¿Luchar contra mí?  
—No, madre.  
Luchar contra vos no puedo;  
pero si sois mi destino,  
contra el destino.  
—Es lo mesmo.

Y ese amor es imposible.  
-Por imposible lo quiero.  
-Esa doncella es judía.  
-Pues eso es, á lo que entiendo,  
el imposible, señora,  
que á no ser eso, por cierto,  
que al pie del altar mañana  
mi amor le jurara eterno.  
-Y ella... ¿Te ama?  
-No lo sé,  
que jamás me lo dijeron,  
-¿Y ni preguntarlo osaste?  
-Osé, sí tal, no lo niego;  
pero ella puso en mis labios  
el candado del silencio.  
Y es igual, que así la adoro,  
pues amor, según yo pienso,  
mientras más dentro se calla  
se van entrando más adentro.  
-Amor candados no tiene.  
-¿Por qué me dijísteis eso?  
-Porque esa hermosa judía  
á ti no te ama, don Diego.  
-Clavad, señora, cien veces  
este puñal en mi pecho,  
dadme á beber gota á gota  
toda la hiel que no os dieron  
ni perdidas ilusiones,  
ni malogrados deseos,  
ni esperanzas que rodaron  
en los abismos del tiempo;  
pero quede en vuestros labios  
esa serpiente de celos.  
Guardadla donde aire tenga  
menos puro del que tengo  
que del aire que respiro  
su imagen vive en mi pecho!

### III

Las flores sobre la tierra,  
las estrellas bajo el cielo,  
y entre estrellas y entre flores  
y entre perfumes y besos,  
con los labios como rosas,  
los ojos como luceros,  
vive Sara, flor y estrella  
del corazón de don Diego:  
nadie sabe por qué Sara  
llora á veces en silencio,  
nadie sabe por qué á veces  
tiene el semblante risueño.  
Ella y Dios no más lo saben  
y lo sabe, acaso, el viento,  
ó sin saberlo se lleva  
los suspiros de su pecho,  
las sonrisas de su labio,  
las sombras de sus deseos,  
y los fantasmas dorados  
de sus dorados ensueños.  
Y ella sabe que en la calle  
rondan un hombre sin sosiego,  
ella sabe que ella sola  
es su sólo pensamiento,  
y ella siempre, noche á noche,  
oye un cantar á lo lejos,  
ó acaso se lo figura,  
pero oye que cantan esto:  
"Para tí la luz del día  
que tu corazón alegra,  
para mí la noche negra  
que es muy mía,  
que la adoro;  
pues que entre sus sombras lloro  
por tu amor y por tu encanto,  
para mí su negro manto,  
para tí su manto de oro.  
Para tí luz y colores

porque venturosa fuiste,  
para mí que vivo triste,  
tristes flores,  
pues con ellas  
alimento mis querellas  
y quebranto mis congojas;  
para mí las secas hojas  
para tí las hojas bellas.  
Para tí las venturanzas  
con que sueña el pensamiento,  
para mí sólo tormento  
esperanzas,  
pues los días  
tras hondas melancolías,  
paso soñando en venturas;  
para mí las amarguras,  
para tí las alegrías.”

#### IV

Murió al fin la adusta anciana  
sin conseguir que don Diego,  
de su amor ni un solo día  
se olvidara. . . ¡ni un momento!  
Si dió Sara ó no dió Sara  
esperanzas al mancebo,  
si ella al fin rompió el candado,  
y él al fin rompió el silencio;  
sí aquel amor santo y puro  
unió sus almas, y de ello  
fueron testigos las flores  
y las estrellas á un tiempo,  
ni quedó escrito en la reja,  
ni quedó escrito en el viento,  
y tal vez ni quedó escrito  
en el azul de los cielos;  
pero es fama que una noche  
después dé un cantar que oyeron,  
oyeron como un gemido

de la noche entre el silencio.  
Oyeron en las baldosas  
como que chocaba un cuerpo,  
un cuerpo que se caía  
como cuando cae un muerto.  
Que después oyeron llantos,  
después nada....

V

Así los cuentos  
terminan y así terminan  
las historias. ¡Qué misterio;  
guarda el espacio en sus sombras!  
¡Y cuántos hondos secretos  
las flores sobre la tierra,  
las estrellas bajo el cielo!

## FLORA

### I

En su mano y en su frente,  
y en su mejilla hechicera,  
la lozana palidez  
de la flor de la gardenia;  
sus labios hojas de rosas  
las más rojas y más tiernas,  
sus ojos como esas noches  
en que no alumbraba una estrella,  
más oscuras que las ondas  
de su hermosa cabellera,  
donde hay dorados reflejos  
y fulgores y tinieblas.  
¡Qué sonrisas en los labios  
en que el aura se embelesa,  
cuando sus alas los tocan,  
cuando sus besos se llevan!  
¡Qué miradas en los ojos  
que se abren, que se cierran,  
que se entornan, que parece  
que de sombra y luz se llenan!  
Y bajo el labio qué hoyuelo;  
y qué pestaña tan negra,  
y qué líneas y qué curvas  
en los arcos de las cejas.  
Así el niño la sonríe,  
así el alma la sospecha,  
y así la idolatra el hombre  
¡y así la sueña el poeta!

### II

Le dicen Flora á la hermosa  
porque se llama Florencia;  
como un rayo de sol, pura,

como los ángeles buena.  
Quiso el amor y buscólo  
con ansia inocente y terca;  
pero lo busca y suspira  
pues lo busca y no lo encuentra!  
Acaso á veces lo finge  
así como si lo viera,  
como la luz de la aurora  
entre celages y nieblas;  
pero su pecho no siente  
lo que quiere y lo que anhela,  
y por eso vive triste,  
pesarosa y descontenta,  
y por eso se acongoja,  
y por eso se desvela,  
hasta que un día sus ojos  
se abren á una vida nueva,  
como el que de largo sueño,  
soñando el amor, despierta!

### III

Era Baltasar de Alaro  
casi joven, casi viejo,  
y es como todos por fuera,  
y como nadie por dentro.

### IV

Soñó un amor en su vida  
tal como todos los sueñan,  
pero tal como lo siente  
no hay ninguno que lo sienta.  
En un instante feliz  
de su azarosa existencia,  
al ver á Flora se hechiza  
y ya hechizado se queda!  
No ha de haber poder humano



que arrancar de su alma pueda,  
aquella imagen que el sello  
de lo eterno grabó en ella;  
ni ha de haber una hora sola,  
que, con sus alas ligeras,  
volando en torno la imagen  
gentil, no se le aparezca!

## V

Flora también idolatra  
á Baltasar, porque es fuerza  
que se adoren los que nacen  
con dos almas como aquellas.  
Y aunque el amor que se tienen  
en el misterio se envuelva,  
algo murmuran las gentes  
aunque tal vez no lo crean:  
porque también es forzoso  
que las gentes se entretengan,  
porque son flojos los labios  
y harto movibles las lenguas!

## VI

Nadie sabe por qué causa  
Baltasar tiene tristeza,  
ni sabe nadie por qué  
Flora á abatirse comienza!  
Se sabe que se idolatran;  
cuando menos se sospecha  
que lejos uno del otro  
la vida vida no fuera,  
y sin embargo sus almas  
parece que se alimentan  
de lágrimas de amargura,  
y de sollozos de pena!

## VII

Se abre un sepulcro una tarde  
y en él un cadáver echan:  
¿Es el de Flora?; ¡quién sabe!  
¿El de Baltasar?; ¡pudiera!  
¡Qué importa cuál de los dos  
se hundió bajo aquella piedra,  
si también el vivo ha muerto  
aunque se quede en la tierra!  
¡Qué importa si al fin se ha roto  
aquella hermosa cadena,  
que se tejió con las flores  
de un amor que ya no sueña!  
¡Qué importa que sobre el mármol!  
pinten unas cuantas letras,  
si el vivo no necesita  
de ir á la tumba á leerlas!  
¡Qué importa que sobre el mármol!  
á hundirse va en las tinieblas,  
si es igual á la de adentro  
esa obscuridad de afuera!

## VIII

Una noche me contaron  
(era una noche muy negra)  
que á Flora y á Baltasar  
conoció mucho una vieja. . .  
que aquella vieja sabía  
de los dos, cosas muy nuevas:  
que para el que lo ha ignorado  
todo es nuevo aunque no sea!

## IX

¿Se amaron?  
—¡Mucho se amaron!

-¿Gozaron?

-Más que en la tierra:  
que ella era cielo para él  
y él un cielo para ella!

-¿Y sufrieron?

-¡Mucho!

-¿Mucho?

-¡Las alegrías inmensas  
necesitan por mortaja

una inmensidad de penas!

-¿Qué los hizo desdichados?

-Su desdicha.

-No es respuesta.

-Pues otra daros no puedo  
que si otra os diese, mintiera.  
Diego no más lo que sé,  
que es mal decir si se inventa.  
Y suspirando la anciana  
dobló la blanca cabeza!.

## X

-¿Y nada tienes de Flora?

-Nada.

-¿Y de él?

-Algo me queda.

-¿Y qué es ello?

-Poca cosa:

no más unas cuantas letras.

-¿Unas cuántas?

-Cuatro líneas.

Dicen que es verso.

-Pues venga.

Y la anciana me entregó  
la hoja de una cartera.

Un pedazo de papel,

pedazo del alma aquella,

que aun me hablaba y me veía

en aquellas líneas negras!

“Nuestro amor, la vida humana;

“nuestro amor, la vida eterna;  
“la duda, el verdugo inicuo;  
“la paz, un lecho de tierra!”

Mérida, abril 6 de 1885

## ALDAZ

### I

Allá arriba en los balcones,  
música, algazara y fiesta;  
abajo, silencio mudo,  
y soledad y tristeza!  
Arriba la luz del día  
abajo noche y tinieblas,  
arriba la desposada  
abajo un hombre que tiembla.  
y con ellas te distraes,  
Arriba el labio que ríe,  
la esperanza que consuela,  
el porvenir que se cubre  
con flores de primavera;  
abajo el llanto que corre,  
la esperanza que se niega,  
el porvenir que se cubre  
de abrojos y de maleza!  
Arriba Elvira que á un hombre  
mano y corazón entrega,  
abajo Aldaz de Quiroga  
que se muere de tristeza!

### II

Triste es tener ilusiones...  
¡Ay! que triste es el tenerlas  
y sentir que se las roban,  
¡y robadas se las llevan!

### III

—“Mujer, te olvidaste un día  
de tus amantes promesas,

ni te importaron mis lágrimas,  
ni te importaron mis penas.  
Mientras tú duermes tranquila  
y en cielos azules sueñas,  
y se alimenta tu pecho  
de esperanzas lisonjeras;  
mientras que blancas visiones  
por tu pensamiento vuelan,  
y con ellas te distraes,  
y con ellas te embelesas,  
y con ellas te mantienes,  
y con ellas te recreas,  
con ellas me vuelvo loco.  
¡me estoy muriendo con ellas!  
Y en prueba de que es verdad  
que es espantosa mi pena,  
y que sin tí de la vida  
nada que esperar me resta,  
ni nada en ella ambiciono,  
ni nada en ella me queda;  
supuesto que no la quieres  
me la arranco de la tierra,  
y me la llevo á otro mundo  
á donde el dolor me lleva.  
Adiós, mi Elvira del alma,  
adiós, mi alegría eterna,  
mi único amor, mi amor solo,  
yo me voy y tú te quedas”-  
Dijo Aldaz. . . brilló una cosa  
como acero, blanca y negra,  
se vió una mano en el muro  
pálida, apoyarse trémula,  
se oyó un suspiro muy triste,  
más que un suspiro, una queja. . .  
¡Cómo se quejan las almas  
cuando se van y nos dejan!

#### IV

Allá arriba, al otro día,  
unas azucenas muertas  
abajo, el frio cadáver  
de Aldaz, sobre la banqueta!

Mérida, mayo 25 de 1883.

## GONZALO GONZALEZ

### I

Como un dios ó como un loco  
amó Gonzálo González,  
á una dama hermosa y pura  
porque era flor y era ángel!

### II

Era estatuario Gonzalo.  
Labró una estatua admirable,  
y en ella encerró su alma;  
que era de ella digna cárcel.

### III

Todas las noches veía  
la hermosa estatua animarse,  
y que sus pálidos labios  
se incendiaban para hablarle.

### IV

Era la estatua tan bella,  
que no hubo quien la mirase  
sin que no admirara absorto  
aquel prodigio del arte.



## V

Una noche, el pobre artista,  
la vió inmóvil, le habló en balde,  
le pareció que su estatua  
se convertía en cadáver.

## VI

¡Y dentro del mármol frío  
estaban; la hermosa imagen  
de su amor, sus ilusiones  
y su genio, que algo valen!

## VII

¡Y ella lo guardaba todo  
en su seno impenetrable,  
como guarda á el alma el cielo;  
y el sepulcro al que en él cae!

## VIII

¡En vano en copioso llanto  
su corazón se deshace,  
en vano; pero es dichoso  
¡que sufrir por su amor sabe!

## IX

¿Sufrir? ¡Ay! fué tan intenso  
su dolor y fué tan grande,

que se murió entre el crepúsculo  
de una noche y de una tarde.

X

Lo enterraron; pero ¿en dónde?  
¡Ay! ¡Nadie volvió á acordarse  
ni de la estatua de mármol  
ni de Gonzalo González!

Mérida, abril 24 de 1883

## ROSELA

### I

Cuatro lustros, algo menos  
Vivió lejos de su patria,  
pensando en volver á verla,  
Jorge Perran de Carlanza.  
Algo indefinido y vago,  
como la dicha soñada,  
algo que ven, á lo lejos  
no más, los ojos del alma;  
que el pensamiento adivina,  
que sospecha la esperanza,  
como una luz que se enciende,  
como una luz que se apaga;  
visión que en el fondo azul  
del horizonte se lanza,  
que como la nube flota,  
que como la nieve pasa;  
imagen de un sér que alumbra  
el rayo de la mirada,  
á quien da la noche formas,  
á quien el día da alas,  
color la luz apacible  
de la luna hermosa y pálida;  
aliento, aquel que le roba  
á la flor, pasando, el aura;  
voz el ave que suspira  
en la selva solitaria;  
alma el cielo, y el amor  
sonrisas, besos y lágrimas!  
Algo así, soñando vive,  
Jorge Perran, en las largas  
horas de la triste ausencia  
lejos del sol de la patria;  
de ese sol que brilla más,  
mientras es más su distancia!  
Sol que halló su oriente un día

junto á la cuna dorada  
de Perran, que ya á su ocaso  
comienza á bajar y baja;  
que con luz ardiente y viva,  
de Perran la frente baña;  
Perran que á los cuatro lustros  
Algo menos, con el alba  
de un hermoso eterno día,  
llega al suelo de su patria.

## II

Vivió Perran desdichado,  
y aquella visión fantástica,  
que tal parece que sólo  
á soñar el hombre alcanza,  
tomó cuerpo, tomó formas,  
tomó realidad humana:  
belleza tan seductora,  
tan incomparable gracia,  
de hechizo tal, de tal suerte,  
y con tal poder dotada,  
que sujeto el pensamiento,  
desenvuelta la esperanza,  
abriendo las ilusiones  
á un nuevo mundo las alás;  
brotando tal como brotan  
las flores alborozadas  
sobre las verdes alfombras  
de las selvas solitarias;  
como brotan las estrellas  
cuando la noche callada,  
para que brillen, les tiende  
sus pabellones de gasa,  
poblaron la fantasía  
de Perran, que de Rosela,  
que de Rosela á las plantas,  
pone el corazón entero  
y derriba entera el alma!

### III

Que los hilos invisibles  
del amor, sujetan y atan  
de Perran y de Rosela  
las dos vidas, las dos almas;  
que en los espacios se buscan,  
que en los espacios se hallan,  
que confunden sus ideas,  
que confunden su mirada,  
que abandonando su cárcel  
sus almas enamoradas,  
acariciándose lloran,  
acariciándose cantan!  
Que palpitantes y mudos  
enfrente de su desgracia,  
sienten que el amor los une  
si la suerte los separa,  
no queda duda; lo dice:  
los labios porque lo callan!  
las almas porque lo sienten!  
los ojos porque lo hablan!

### IV

¿Qué pasó?; ¿por qué suspira  
acongojada Rosela?  
¿Por qué Perran sufre tanto?  
¿Por qué el infortunio sueña?  
¿Por qué Perran en las altas  
horas de la noche vela,  
y entre las sombras confusas  
vagar su espíritu deja?  
¿Es que Rosela le ama  
y á decirselo se niega?  
¿Es que otro amor desdichado  
es causa de sus tristezas?...  
Cuando conoció Perran  
su peregrina belleza,

cuando le dió el alma toda,  
cuando le dió el alma entera,  
¡ya Rosela estaba triste!  
¡ya estaba triste Rosela!  
ya Rosela suspirando  
en la soledad inquieta,  
devorando en el silencio  
la amarga hiel de sus penas,  
buscaba en el aislamiento  
la paz que al dolor no auyenta,  
esa paz que por ser sola,  
sin ser paz, tal vez consuela!

## V

¿No sería de un amor  
desdichado, aquella eterna  
y extraña melancolía  
que á Rosela le atormaneta?...  
¡Y aquella espantosa duda,  
la espantosa duda aquella,  
á Perran lo vuelve loco  
y le hace gemir en vela!  
Por eso en las altas horas  
de la noche, el dolor llega,  
y trastorna sus sentidos,  
y en su corazón penetra;  
y sí no fuera que el llanto  
gota á gota, en marcha lenta,  
desciende por sus mejillas  
en medio de las tinieblas.  
Perran sin aire, sin vida,  
sin movimiento, cayera,  
cayera al suelo rodando  
de la airada muerte presa!  
Pero Rosela no quiere  
hablar con él... y se niega,  
¡por mucho que se lo pide!  
¡por mucho que se lo ruega!

## VI

“Rosela, Rosela mía,  
si no me engañan tus ojos  
y yo soy tu idolatría,  
¿por qué de esta duda impía  
me entregas á los enojos?”  
¿Por qué no tienes piedad  
de mi angustia y mi dolor,  
y me dices la verdad?  
¿Por qué si es mío tu amor  
no es mía tu voluntad?  
¿Por qué me ves padecer  
y no alivias mi tormento?  
¿Por qué no quieres creer  
que voy la vida á perder  
al rigor del sufrimiento?  
¿No piensas que en esta cuita  
que mi corazón agita,  
sin paz, en duda y sin calma,  
en soledad infinita  
se me está muriendo el alma?  
¿Piensas que si no te amara,  
si no te adorase tanto,  
tus desdenes soportara?  
¿Ni uno solo!... derramara  
mi sangre antes que este llanto  
¿Sospechas en mí, doblez?  
O dime que tu esquivez  
es hija de tu albedrío,  
que tú no me amas, bien mío,  
¡pero dilo de una vez!  
Dilo... sepa al cabo yo  
qué me guarda el porvenir;  
sabré que debo morir,  
que sin tu amor... ¡Eso no!  
¡Sin él no quiero vivir!”  
¿Lo oyes bien?, pues bien, contesta.  
En mi ansia perenne y loca,  
á oírte el alma se apresta...

¡Quiero escuchar de tu boca  
hechicera la respuesta!”  
“¿Quién ha de sentir así  
su amor, ¡ay! dímelo, quién!  
Ni quien con tal frenesí,  
te ha de adorar... dime, dí,  
si merezco tu desdén!”  
“¿No me quieres? dí que no,”  
si ese mi destino es.  
Me quieres? pues dímelo;  
¡esto te lo pido yo  
de rodillas á tus pies!”

## VII

Así lo escribe Perran,  
acongojado á Rosela,  
pero en vano implora, en vano,  
que le den una respuesta.  
¡Y sin embargo los ojos  
de Perran, que triste espera,  
sigue mirando el amor,  
¡amor en los ojos de ella!  
Mas ¿cómo si ella le ama  
puede callarlo, aunque vea  
desesperado á Perran  
que de esperar desespera?  
¿Cómo si le quiere tanto  
deja que llore y que muera  
de dolor y en la agonía  
y en la tortura le deja?  
Esto Perran no se explica,  
y vive, como pudiera  
vivir el alma encerrada  
de un supulcro en las tinieblas;  
contemplando desde allí  
aquella faz hechicera,  
aquella pálida frente,  
aquellas pupilas negras,



aquellos labios que son  
el nido de una respuesta. . .

## VIII

Perran siente que la vida  
se le acorta, que en la fiera  
duda que abriga su pecho,  
que su corazón alberga,  
su enegía desfallece,  
desfallecen sus ideas,  
se mueren sus esperanzas,  
y su espíritu se enerva;  
así caen lentamente  
tristes, amarillas, secas,  
las hojas verdes del árbol  
cuando el árbol no se riega! . . .  
¡Ay! y le pide Perran,  
para regarlo siquiera,  
si no sonrisas alegres  
sus lágrimas aunque sea! . . .  
¡Que no hay rocío en la vida  
que dé más vida en la tierra,  
que las lágrimas que vierte  
el amor, cuando es de veras!

## IX

Lejos del sol de su patria  
Perran alejarse intenta,  
¡de qué le sirve aquel sol  
si es que no le ama Rosela!  
El sin saberlo, gimió  
años tras años por ella,  
¡porque la amó sin mirarla  
y la amó sin conocerla!  
Así la soñó en sus sueños  
de venturanza, así era

la pálida faz hermosa,  
de su inspiración eterna,  
de su inspiración. . . (decían  
que Perran era poeta!)  
¡Infeliz! En este mundo  
con eso basta. . .

## X

Dos velas  
benditas, están ardiendo  
de un altar sobre la mesa.  
Es un lecho silencioso  
un hombre apenas resuella,  
porque apenas tiene vida,  
porque tiene vida apenas!  
Es Perran. . . (al fin la muerte  
apiadada se la acerca)  
se está muriendo y sonríe,  
y se está muriendo y sueña!  
Sus últimos pensamientos  
aun vagan sobre la tierra,  
y sus pensamientos últimos  
son todos para Rosela;  
siente que su alma se va  
y siente que se la deja,  
que la muerte se la toma,  
y á Rosela se la lleva. . .  
-“Señor, exclama, con Dios  
hablando en la hora suprema.  
“Señor, si es mi alma del cielo  
y hay un cielo que la espera,  
puesto que el cielo de mi alma  
es el alma de Rosela,  
dale el alma que yo tengo  
porque es toda para ella. . .”  
¡Y la muerte se la toma  
y á Rosela se la lleva!  
Murió Perran. . . -Es seguro

que con el alma se alejan  
también las dudas, si no,  
paz en las tumbas no hubiera,  
y en los tristes cementerios  
se escucharan por las grietas  
escapándose del piso,  
los sollozos de la pena!

## XI

Perran escribió unos libros...  
Cuando los lee Rosela,  
siente el alma de Perran  
palpitante en cada letra.  
Siente un latido: ¡es Perran  
que en su corazón golpea!  
Oye un sollozo: es Perran  
que solloza dentro de ella!  
Y en aquellas armonías  
que en sus oídos resuenan  
y parten de los renglones,  
lo mismo que de las cuerdas  
de una lira, oye la voz  
de Perran que le recuerda  
de sus miradas ardientes  
la seductora promesa!  
Y cuando cierra su libro  
y de leer deja Rosela,  
sigue oyendo, en los espacios  
ó dentro de ella, muy cerca  
como unos ecos que llegan,  
como unos ecos que pasan,  
como unos ecos que vuelan  
de tal modo, que parece  
que Perran vive y alienta:  
¡porque nunca la abandona  
y porque nunca la deja!æ

## DIANA

### I

Sobre dos grandes montañas  
divididas por un negro  
y hondo abismo donde corren  
las aguas de un río; pero,  
tan profundas que los ojos  
de ningún mortal las vieron;  
y las denuncia al que pasa  
sordo rumor y siniestro,  
se levantan dos castillos  
sombrios, lúgubres, viejos,  
que, no se sabe de cuándo;  
pero de remotos tiempos,  
se miran, se desaffan,  
de ira y de rencor tan llenos,  
como firmes en su sitio,  
como inmóviles en sus puestos.  
Dizque cual forzosa herencia,  
y que de abuelos á nietos,  
se aborrecen con el alma,  
de aquellos muros los dueños;  
con la misma hosca saña,  
con el mismo loco empeño,  
con que se odiaron un día  
Capuletos y Montescos.  
Es el Señor de un castillo  
Martín Martínez de Olmedo,  
padre de Diana: más linda  
que las estrellas y el cielo.  
Y es Señor del otro, el bravo  
Per-afán de Vasconcelos,  
padre de Mauro que es fuerte,  
en la guerra y el torneo.

## II

¿Dónde Diana y Mauro un día,  
por vez primera, se vieron?  
Nadie lo sabe y no importa,  
que saberlo es lo de menos.  
Que con solo una alma viven,  
y un único pensamiento;  
que no tienen más deleite,  
que idolatrarse en silencio;  
que desde el un lado al otro  
de aquel hondo abismo negro  
se miran ¡y les parece  
que no se miran tan lejos!  
Que Fortuño, que es de Diana  
antiguo hidalgo escudero,  
es el único que esconde  
de aquel amor el secreto;  
que saben, porque lo sienten,  
que aquel amor es inmenso,  
que aquel amor es profundo  
que aquel amor es eterno,  
que nada puede arrancarlo  
de aquellos ardientes pechos,  
eso sí, porque es preciso,  
importa al lector saberlo.

## III

Martín Martínez apresta  
de su mesnada el ejército,  
y Per-afán de sus peones  
lo más lucido y más fiero,  
porque al fin van á batirse,  
porque al fin de tanto duelo,  
va á saberse quién á quién  
vence, en formidable encuentro.

#### IV

Acongojada, llorosa,  
fría lo mismo que el hielo,  
sola con Marcos Fortuño  
está Diana en su aposento.  
En los tallados barrotes  
de una ventana sus dedos,  
como de marfil, se clavan  
por el sobresalto trémulos.  
—Mira, Fortuño, le dice,  
mira del sol al reflejo,  
cómo se están acercando,  
esos cascos y esos petos.  
Mira, mira, como avanzan  
y no la ven, y yo veo  
que va la muerte delante,  
y la muerte detrás de ellos. . .  
Corre y cuando á Mauro mires  
en peligro, con tu esfuerzo,  
con todo el vigor que tienes,  
salva á Mauro, yo lo quiero.  
Dijo.—Le besó la mano  
Fortuño, con gran respeto,  
y se fué, con la siniestra  
apoyada en el acero.  
Y quedóse sola, Diana,  
fija la vista en un lienzo  
en donde estaba la imagen  
de la Reina de los cielos.

#### V

Horrenda fué la embestida:  
sangre y polvo y juramentos  
y maldiciones y votos  
y vencedores y muertos!  
Cayó, para nunca alzarse,  
Per-afán de Vasconcelos,

y de Fortuño en las manos  
cayó Mauro, prisionero.  
Pero respirando apenas,  
con un lanzazo en el pecho,  
por donde su vida, envuelta  
en sangre, se estaba huyendo.

## VI

-Si de Mauro tocas, padre,  
sólo una hebra del cabello,  
si no mandas que contengan  
la sangre que está perdiendo,  
con este puñal que miras,  
(y enseñe un desnudo acero)  
voy á arrancarme la vida  
que para Mauro la tengo!

Martín Martínez, absorto,  
giró los ojos abiertos  
por el furor, y cien rayos  
de sus órbitas partieron.

Nunca amó sobre la tierra  
más que á Diana, pues de resto  
para nadie, jamás tuvo  
de ternura un pensamiento.

Tomó entre sus rudas manos  
de Diana el rostro hechicero,  
y tomándola por loca,  
en la frente le dió un beso.

-¿Estás soñando, hija mia?  
¿Estás enferma ó no entiendo?

-La vida, padre, de Mauro,  
su vida, que pasa el tiempo,  
y es cada instante que pasa  
una esperanza que pierdo:  
¡se lleva cuanto ambiciono,  
se lleva cuanto poseo!

Reculó Martín Martínez,  
más confuso y más suspenso,

miró bajo el brial dorado  
de Diana el golpear violento  
del corazón. . . y su pena  
y su angustia comprendiendo,  
lanzó un rugido espantoso,  
llevó sus manos al hierro  
de la cintura. . . más súbito,  
por densa tiniebla envuelto,  
rojo, más que rojo lívido,  
cayó rodando en el suelo.

Pero fué un instante solo,  
alzóse en seguida y luego  
en la pared apoyándose,  
con voz ronca como el trueno,  
gritó:—"Clava tu cuchillo  
Farfán, de Mauro en el pecho,  
hasta que tope tu mano  
aunque quede el puño dentro!"

Corrió Diana. . . pero inútil  
fué su carrera y su esfuerzo,  
cuando llegó ya era tarde,  
cuando llegó no era tiempo.

Clavó en el lecho los ojos;  
tembló, como en tallo esbelto  
tiembla la flor cuando siente  
el soplo frío del cierzo;  
brilló en su mano la hoja,  
tomó la mano del muerto  
y apretándola, apretándola  
entre sus siniestros dedos,  
como el relámpago, rápido,  
se hundió el puñal en el seno,  
hasta que topó su mano,  
y se quedó el puño dentro.

Martín Martínez sin pena,  
ni amor, ni remordimiento,  
abandonado de todos,  
hasta del dolor, en medio  
del solitario castillo  
que heredó de sus abuelos,  
murió una noche, de un golpe



de la sangre en el cerebro.

Bajo la bóveda augusta  
de un triste y sombrío templo,  
encerró juntos Fortuño,  
de Diana y Mauro los cuerpos.

De entre los dedos de Mauro  
no pudo arrancar los dedos  
de Diana, que se agarraron  
como se agarran los muertos!

Y mandó, del infortunio  
y del amor en recuerdo,  
colocar sobre el suntuoso  
solitario mausoleo,  
las dos estatuas yacentes  
de Diana y Mauro, de recio  
mármol de Paros construídas,  
con gran perfección y esmero.  
Más tarde, el mismo Fortuño  
contaba: que entre el silencio,  
cuando, á encender una lámpara,  
bajaba de noche al templo,  
más de una vez, vió, acercándose  
al helado mausoleo;  
las manos de las estatuas,  
y que, moviéndose á un tiempo,  
se buscaban en la sombra  
y se oprimían los dedos!

Mérida, abril 22 de 1883.

## DOÑA LUZ

¡No faltes á lo que jures  
Ni aunque sea en la apariencia!

### I

*En horas muy avanzadas*  
y en una obscura calleja,  
cuatro noches van seguidas,  
que canta Juan de Mancera.  
Seguidas van cuatro noches  
que canta de amor las penas,  
y á la cuarta, Doña Luz  
se asoma tras de la reja.

### II

—“Señor, por la Virgen Santa,  
no cantes quien quier que sea;  
que hoy mi amante Fernán Gómez,  
tornar debe de la guerra;  
y ó creará que le traiciono  
ó mi amor buscas á fuerza,  
y no quiero que se entinte  
con sangre humana esta acera!  
Quiera Dios que no te encuentre,  
quiera Dios que no te vea!”

—“Le aguardo, dijo D. Juan  
y, si quiere Dios, que venga!”

### III

Se cierra el postigo... Entona  
Don Juan sus tristes endechas...  
Pasos suenan... llega un hombre

y arremete en cuanto llega.  
Se oye el chasquido del hierro;  
muerto Don Juan cae en tierra,  
y "yo la he visto" balbute,  
el matador... "mi Luz era!  
"Que Dios te guarde, perjura!  
grita, y la tizona cuelga,  
¡ y de Doña Luz se pierde  
para siempre en las tinieblas!

Mérida, febrero 27 de 1887.

## TAIDE

### I

Ferrán de Góngora vive  
en un vetusto castillo;  
con Pedroza su escudero,  
y con Íñigo su hijo.  
Bajaba el sol una tarde  
del ocaso á los dominios  
entre nubes de escarlata  
y tras un bosque de pinos,  
cuando sentado Ferrán,  
puesta la diestra en un libro,  
al mancebo que escuchaba  
de pie, con aspecto digno,  
le decia estas palabras  
en rudo acento y tranquilo:  
-“Yo sé que lo sé de cierto,  
y no me lo niegues, Íñigo.  
ni podrás nunca negarlo.  
-No sé mentir, padre mio  
-Mientras aliente mi pecho,  
mientras albergue un suspiro  
no has de casarte con Taide. . .  
¡Jamás! mientras yo esté vivo!  
Y cuando la tierra cubra  
mi mortal despojo frío,  
entonces dale tu nombre,  
lleva á cabo tu designio;  
conduce á Taide ante el ara  
pónle allí el nupcial anillo;  
pero mientras viva, ¡nunca!  
¡Jamás, mientras yo esté vivo!  
-Padre.  
-Nunca me preguntes  
ni la causa ni el motivo.  
Y en diciendo esto Ferrán  
se le puso el rostro lívido.

(El autor de este romance  
supo por un manuscrito,  
que fué del padre de Taide  
Ferrán mortal enemigo;  
pero averiguar no pudo  
ni la causa ni el motivo,  
tal vez por la mala letra  
y la edad del pergamino.)

## II

Iñigo estaba en la calle,  
y en un balcón el divino  
rostro de Taide asomado  
por el hueco del postigo.  
Guardaba al viento las últimas  
dulces palabras de Iñigo,  
cuando con acento trémulo  
la hermosa dama le dijo:

—No es verdad, mienten los labios  
que me dijeron prodigios,  
ni eso pensó vuestro padre  
ni vuestro padre lo ha dicho.  
Ni nunca me habéis amado,  
ni me tuvisteis cariño,  
que fueron vuestras promesas  
invenciones ó capricho. . .

—Os lo juro por mi vida,  
Taide, os amo; os lo repito;  
esperad y amadme; el tiempo  
de mi amor será el testigo!  
Se oyó de una alma el sollozo,  
se oyó de una alma el suspiro,  
pasó un instante. . . Más largo  
no pasa rodando un siglo!  
Nada interrumpió el silencio,  
como el del sepulcro mismo,  
pavoroso, mortal, lúgubre. . .  
Y cerró Taide el postigo.

### III

-Pedroza, tú me has contado  
que en este viejo castillo,  
como alma en pena, vaguea  
la sombra de aquel judío,  
que, con mal danado intento,  
y con oro mal habido,  
puso la primera piedra  
y fabricó el edificio.

-Es verdad, dijo Pedroza,  
y tembló cuando lo dijo,  
hace apenas cuatro noches  
cruzar el huerto le he visto.

-Toma mi arcabuz, Pedroza,  
ponte en guardia en tu postigo,  
y dale muerte á la sombra,  
que no es sombra, te lo afirmo.

-¡ Líbreme Dios!

-Yo lo mando.

-Líbreme Dios!

-Yo lo exijo.

Que no te tiemble la mano  
cuando toques al gatillo!-  
Dobló Pedroza la frente,  
fué á un rincón, tomó un antiguo  
arcabuz, de la mejor  
fábrica, modelo rico,  
y, sin más abrir el labio,  
con el paso decidido,  
salióse del aposento  
sin mirar siquiera á Iñigo.

### IV

Apenas daba la una  
en la torre del castillo,  
cruzó una sombra en el huerto  
y se oyó sonar un tiro...

saltó Ferrán de su lecho,  
se oyeron pasos y gritos,  
bajaron todos al huerto  
en masa y despavoridos;  
envueltos en anchas capas  
todos, con linternas, tímidos,  
rodearon un negro bulto  
sobre un arriate caído.  
¿Quién le arrancaba el embozo  
al cadáver del judío?  
Ferrán de Góngora al cabo  
dió dos pasos decidido...  
Tiró del fúnebre lienzo  
y, dando un horrendo grito,  
cayó extendiendo los brazos  
sobre el cadáver de Iñigo!  
—“El mandó que le matara,  
me engañó y así lo quiso!  
pues que me negué dos veces  
y dos veces me lo dijo,”  
clamó Pedroza, y cayendo  
de rodillas y sombrío,  
llorando, llegó á sus labios  
la diestra helada de Iñigo

## V

Bajo de un mármol  
juntos el padre y el hijo,  
y allí, cuando hiera el día  
del templo augusto los vidrios,  
hermosa como el dolor,  
pálida como los lirios,  
envuelta en fúnebres ropas,  
del alma y cuerpo atavío,  
llora su esperanza Taide,  
en dos abundantes ríos  
de dulce llanto, que bajan  
de su semblante divino,

que bajan y en las juntas  
del mármol, como rocío,  
se filtran en el sepulcro  
que encierra al padre y al hijo!

Mérida, abril 6 de 1883.



## FERRANDO

### I

En un salón cuadrilongo  
de su soberbio castillo,  
fija la vista en un lienzo  
está Ferrando de Armijo.  
Cerca de él, su padre adusto,  
severo el rostro sombrío,  
centellante la mirada,  
el entrecejo fruncido,  
con voz que el pecho penetra  
como de un puñal el filo,  
con éstas ó semejantes  
palabras, así le dijo  
á Fernando que le escucha  
tembloroso y conmovido,  
llenos los ojos de lágrimas,  
mudo el labio, el rostro lívido.

### II

(¡Oh, cuánto es bello en el alma,  
del bien, cuando se ha perdido,  
el recuerdo misterioso,  
el fantasma fugitivo!  
Es que el bien se hunde en la nada;  
pero el amor de que vino,  
es eterno: que él no tiene  
ni sepulturas ni abismos!)

### III

-No mires más el trasunto  
de esa deidad, hijo mío:

pues que durante tu ausencia  
dió tu memoria al olvido.  
Unióse ante el ara santa  
con Juan de Rojas tu primo,  
y casóse por su gusto,  
que por su gusto lo hizo!  
-Te mienten padre, te mienten;  
yo por mi nombre lo afirmo,  
casóla con él, sin duda,  
diabólico maleficio,  
ó traición de Juan de Rojas  
á quien ella nunca quiso;  
á quien ella odiaba, padre,  
de su alma noble en lo íntimo!  
Mentirme nunca pudieron  
aquellos ojos divinos,  
ni la hechicera sonrisa  
de aquel labio peregrino.  
Ella en su noche de bodas  
murió; lo has dicho tú mismo;  
mas ¿por qué murió esa noche?  
¡Eso, padre, no me has dicho!  
Y si Juan no me lo explica,  
como yo lo necesito,  
con la espada que estás viendo  
he de matar á mi primo.  
Mira, padre, que aun estoy  
con el polvo del camino;  
voy á dejar mis espuelas,  
voy á cambiar de vestido,  
y al sepulcro de mí amada  
vendrás, si quieres, conmigo,  
y allí sabremos si dió  
con mi memoria al olvido!

#### IV

Hay un libro que en el cielo  
de la esperanza está escrito

y en él escriben los muertos  
para que lean los vivos.  
Y en una página hermosa,  
inmortal de aquel gran libro,  
sin duda estaba leyendo  
su amor Ferrando de Armijo.

## V

Bajaron de los sepulcros  
al pavoroso recinto:  
delante Aldaz, escudero  
de la casa, el más antiguo,  
llevando una hacha que alumbra  
con resplandores rojizos;  
luego un doncel enlutado,  
después el padre y el hijo.

Allí sobre un basamento,  
de berroqueño granito,  
el negro féretro estaba  
hecho de roble macizo.  
Ocho años hace que allí  
fué una tarde conducido,  
para que su último sueño  
durmiera en él un prodigio.  
Detuviéronse: Ferrando  
avanzó triste y sombrío  
y en la mohosa cerradura  
se oyó un lúgubre chasquido!

## VI

Alzó Ferrando la tapa,  
miró los despojos fríos,  
y se anublaron sus ojos  
en espantoso vahido.  
Luego alzó la rica tela  
que amortajó el busto níveo

de aquella que lo sedujo  
con su amor y sus hechizos;  
y vió, cuajada la sangre  
en el blanquísimo lino,  
y vió el ojal que dejóle,  
al traspasarlo, el cuchillo,  
Y vió, y su padre también  
lo vió, que en el mismo sitio  
en que late el corazón  
cuando late ardiente y vivo,  
se ocultaba un relicario,  
y *en su marfil amarillo*,  
el trasunto de un mancebo  
que era Ferrando de Armijo!

Mérida, junio 6 de 1883.

## FRAY SERVÁN

### I

En el coro del convento  
está Fray Serván de Rojas,  
allí en el lugar en donde  
es más espesa la sombra,  
el silencio más profundo  
y la luz más pavorosa,  
y la soledad más lúgubre,  
y la tristeza más honda.  
Fija la vista en la imagen  
de una virgen dolorosa,  
en el lugar donde tiene  
clavada una daga toda;  
y es porque él siente en su pecho  
también una daga; otra  
como la que está mirando  
siempre inmóvil y filosa,  
que al corazón fibra á fibra  
le hace pedazos, le corta,  
le desgarrá y le tortura  
día y noche á toda hora.  
Y él tiene el puño en el puño  
de aquella daga... y con loca  
desesperación eterna,  
quiere arrancársela, y nota  
que mientras más lo procura,  
más en su pecho se ahonda,  
y más se agarra y la herida  
se reverdece y se encona!  
Por eso clava los ojos  
en la imagen dolorosa,  
en el sitio en donde tiene  
clavada una daga toda!

## II

En su celda solitaria  
está Fray Serván de Rojas,  
inmóvil como un espectro,  
triste como la memoria  
del bien perdido, del ángel  
que con mano cariñosa  
nos acaricia y el alma,  
el alma entera nos roba!  
Fray Serván abre la urna  
de una imagen dolorosa,  
y de entre el sutil cabello  
que tras de la espalda flota  
de aquel busto inanimado,  
de un gran artífice obra,  
extrajo una extraña prenda,  
como un medallón ó cosa  
parecida, en marco de oro;  
la imagen encantadora  
de una mujer hechicera,  
que más cautiva que asombra;  
como virgen de Murillo,  
como creación portentosa  
de aquel pintor que aun se agita  
entre los muros de Roma;  
noche los ojos, obscura  
la cabellera abundosa,  
y la tez como alabastro  
que la luz del alba entona;  
la frente como la tarde  
melancólica y hermosa,  
como rosas las mejillas  
y los labios rosas rojas.  
Tal era la imagen bella,  
la miniatura asombrosa  
que Fray Serván contemplaba  
con la fija vista atónita,  
con el alma de rodillas,  
toda el alma, toda absorta;

toda en recuerdos hundida,  
y bañada en llanto toda!

### III

Sobre un lecho, agonizante  
está Fray Serván de Rojas  
pálido como la muerte  
que con mano fría toca  
la frente, que guardó tantas  
ilusiones seductoras;  
y aquel corazón que tanto  
guardara una imagen sola,  
dulce como la esperanza,  
como el cielo luminosa,  
inmortal como el espíritu  
que de Dios su esencia toma.  
La comunidad entera  
está, en la celda mortuoria,  
rezando por el que en breve  
de esta vida irá á la otra!

### IV

Fray Serván guarda en su diestra,  
contraída y temblorosa  
un objeto que en los frailes  
la curiosidad provoca;  
algo que mostrar no quiere,  
algo que su vista ansiosa,  
fascina, atrae y enciende  
en llamaradas fosfóricas,  
como la luz de la lámpara  
que, luchando con las sombras,  
va a morir y á instantes arde  
fugitiva y poderosa.  
En vano arrancarle intentan  
de entre los dedos su joya,

rígidos como el acero  
tan duros como la roca.

V

Que llega el último instante  
siente Fray Serván de Rojas,  
hace un esfuerzo supremo,  
lleva su diestra á la boca;  
se oye un beso, de otros muchos  
eco de lejana nota;  
abre los ojos; el cuello  
sobre el noble pecho encorva,  
clava la tenaz pupila  
en aquella gentil copia  
de la belleza más grande  
que el amor puro atesora,  
y exhala el alma y la diestra  
antes tan rígida, afloja.  
La comunidad se acerca,  
confusa inquiere y, absorta,  
sólo mira entre los dedos  
del fraile muerto, la hoja  
de un marfil blanco y bruñido  
¡sin un perfil, ni una sombra!  
Y fué que envuelta en su alma  
misma, Fray Serván de Rojas,  
se llevó al cielo la imagen  
que era su amor y su gloria!

Mérida, abril 3 de 1887.



## CRISTIAN

### I

Está Cristián de Fuenfría  
con Doña Aldonza de Almeida,  
en una cuadrada torre  
de su antigua fortaleza.  
Farfán González de Soria,  
con cien peones la cerca;  
el uno por atacalla,  
el otro por defendella.  
Farfán quiere á Doña Aldonza,  
que mano y amor le niega,  
y amor y mano pretende  
si no de grado, por fuerza,  
Doña Aldonza que está sola,  
Doña Aldonza que está huérfana,  
busca en Cristián á quien ama,  
consuelo, ayuda y defensa;  
y Don Cistián que la adora  
la encierra en su alma y la encierra  
en una cuadrada torre  
de su antigua fortaleza!

### II

Nada más treinta peones  
tiene Cristián y con treinta  
vencer no puede al de Soria  
desde sus rotas almenas.  
Quince días van corridos  
y no hay á la lucha tregua,  
y se merman los de adentro,  
y se merman los de afuera;  
pero ni merman los celos  
ni el amor ardiente merma,  
que vida á sus propias vidas

le dan las vidas ajenas,  
y sus llamas que se apagan,  
nueva llama á sus hogueras;  
¡que hasta de la muerte misma  
medra el amor su existencia!

### III

Y era una lúgubre noche  
por lo triste y por lo negra,  
y uno al pie de la muralla  
y otro desde su obra muerta,  
están hablando dos hombres  
con voz enconada, seca;  
y no tienen más testigos  
las palabras de sus lenguas,  
que Dios, que todo lo escuha,  
las sombras de las tinieblas,  
y el viento que se las trae  
y el viento que se las lleva!  
-Juro á Dios que he de tomarla,  
-Tomarás sus duras piedras,  
y los sombríos cadáveres  
de mis soldados con ellas!  
-Pero y tú. . .

-También el mío  
también el mío te espera. . .  
-Pero el cadáver de Aldonza. . .  
Aguarda. . . escuha. . . ¿Qué intentas?  
Oye, Cristián, oye, ¿no oyes?  
Pero Cristián no contesta.  
Cristián se ha vuelto á su torre,  
de amor ebrio; el alma llena  
de esperanzas malogradas,  
de malogradas promesas;  
balbutiendo unas palabras,  
ecos de su honda tristeza,  
de su impotencia y su rabia,  
de su despecho y su pena!

#### IV

¿Qué hará Aldonza cuando caiga?  
¿Qué hará Aldonza cuando él muera?  
Pensando en esto, al portillo  
de su vieja torre llega.  
-Paje, grita, mi buen paje!  
Y se aparece Cardeña,  
su pajecillo, en quien tiene  
confianza absoluta y ciega.

#### V

-¡Cardeña!  
-Señor.  
-Ya es hora.  
¡Llegó la hora suprema!  
Ni tú ni yo viviremos  
mañana, cuando amanezca!  
-¿Qué le digo á Doña Aldonza?  
-Que hoy he muerto en la pelea;  
que no en vano lloró tanto,  
al hundirse en las tinieblas  
el triste sol de esta tarde  
que se llevó mi existencia!  
Dile que morí luchando  
por su amor, por su belleza;  
que por ella lo dí todo...  
¡como que todo era ella!  
Y aunque vivo así me ves,  
estoy muerto ya Cardeña,  
y muerto, así saber quiero  
qué hará, cuando ella lo sepa.  
Dile que con seis soldados;  
vas á defender la puerta  
de este castillo... ¡no más  
que esos soldados nos quedan!  
Que es imposible vencer...  
Que sucumbir es de fuerza,

que ya á la fuerza es inútil  
oponerle resistencia. . .  
Dile que vendrá el de Soria,  
dile que, si se la entregas,  
que si has de entregarla viva. . .  
ó si has de entregarla muerta! . . .  
-Si dice que viva. . .  
-Entonces  
si dice que "viva," déjala.  
-Si dice que muerta. . .  
-Entonces  
en su seno esta arma entierra;  
de un solo golpe, hasta el pomo,  
no le des tiempo á que enjague  
el llanto que por mí vierta.-  
Y al decir esto, Cristián  
se limpió con mano trémula  
una lágrima, y su daga.

## VI

Quedó sólo, quedó mudo  
como si fuese de piedra. . .  
Poco después oyó pasos. . .  
Después asomó Cardeña. . .  
y parten de los renglones,  
rápido que no padezca;  
desnuda, entregó á Cardeña.  
Cardeña le da el acero. . .  
Cristián lo toma y lo besa.  
¡Estaba tinto hasta el pomo  
de sangre. . . ¡Sangre que humea!  
-“Vamos, murmura Cristián,  
mis soldados! . . . los que quedan.”  
En seguida, del castillo  
se abrió la vetusta puerta,  
y sobre siete cadáveres,  
con las lanzas en las diestras,  
el de Soria y sus peones

entraron hasta noventa...  
¡Hasta la torre cuadrada  
de la antigua fortaleza!

Agosto 6 de 1885.

## ESPERANZA

### I

“En vago tropel las nubes,  
del manso viento empujadas,  
sobre la faz de la luna  
se arremolinan y pasan.  
Parecen palomas negras,  
parecen palomas blancas,  
que ya sus alas confunden,  
que ya separan sus alas,  
que, ó velándolo del todo,  
ó en partes, van dispersadas,  
en el lago azul del cielo  
cercando el bajel de plata.  
En el cielo de mi dicha  
tal así, las esperanzas,  
velan á veces, Rodrigo,  
las ilusiones de mi alma;  
y otras, en el lago inmenso  
de un horizonte sin playas,  
siempre azul, sereno y claro,  
cercando tu imagen pasan.  
—¿Cuándo vienes? ¡ojalá  
pudieras venir mañana!  
¿Qué cosa estarás pensando  
mientras te escribo esta carta:  
Cualquiera lejano acento  
que á mi oído en las ráfagas  
del aire llega, parece  
que me trae tus palabras.  
Se me figura tu sombra  
cualquiera sombra que pasa,  
¡y cada estrella que miro  
me devuelve tu mirada!  
Si la noche de mi vida  
es una noche sin alba,  
¿por qué no vienen tus ojos

con su luz á iluminarla?  
¿Y ha de ser siempre lo mismo?  
¿No tienen fin las desgracias?  
¿Estos duelos no terminan  
y estas cuitas no se acaban?  
¡Ay! cuando vuelvas á verme,  
si me amas como me amabas,  
te va á dar miedo, Rodrigo,  
la palidez de mi cara.  
Te van á espantar mis ojos,  
con estas sombras moradas,  
tal vez porque entre las sombras  
por tí de llorar se hartan!  
Tal vez... oiré lo que digas  
cuando te cuente mis ansias,  
y te refiera Rodrigo  
lo que de noche me pasa.  
¡Si supieras!... Duermo poco,  
y á veces no duermo nada,  
pues cuando duermo parece  
que tengo despierta el alma.  
Porque sigue el sufrimiento,  
porque te llamo y te callas,  
porque mi cerebro piensa,  
y porque mis labios hablan,  
porque me acosa la idea  
de que á tus promesas faltas,  
de que por otra me olvidas  
y de que ya no me amas.  
Y entonces, Rodrigo, entonces  
ya no es que estoy desvelada  
al durmiendo... entonces creo  
que tengo encima la lápida  
de mi sepulcro, que vivo  
muerta y mi espíritu vaga,  
en el mundo de los muertos  
con mis muertas esperanzas!  
Ya ves Rodrigo: la luna  
que, al comenzar esta carta,  
en un tropel iba envuelta  
de nubes negras y blancas,

es tan bella como dices;  
pero como yo tan pálida,  
en el limpio azul del cielo  
brilla hermosa y solitaria!  
Sin nubes. . . ¿Entiendes?—Eso  
¿será buen augurio? Basta.  
Quiera Dios que no me maten  
mi dolor y tu tardanza,  
que sólo sueño, Rodrigo,  
con cañones y con balas.  
Ven pronto. . . Adiós. . . no me olvides,  
que no te olvida,  
                  ESPERANZA.”

## II

Al pie de un fuerte reducto,  
mal recostado en las ancas  
de un corcel de guerra; cuando  
el sol del zenit bajaba,  
el capitán de unos tercios,  
colocados en batalla,  
triste y trémulo leía  
por la tercera ó la cuarta  
ocasión, estos renglones;  
y se enjugaba una lágrima  
ó dejaba que cayese  
sobre el puño de la espada.

## III

Sonó el clarín del combate  
cuando Rodrigo de Praga,  
daba un beso á aquellas letras  
que trazó una mano blanca;  
aquella mano querida,  
aquella mano adorada,  
que por él enjuga, sólo,



torrentes de amargas lágrimas.  
Rodrigo la carta esconde,  
monta, en los hijares clava  
del corcel la aguda espuela,  
y á la lucha se abalanza.

#### IV

Negros girones de nubes  
como flotantes fantasmas  
que las luengas vestiduras  
en los espacios desgarran;  
que las melenas sacuden,  
irsutas y destrenzadas,  
que ya tendiéndose vuelan,  
que ya en gigantes cabalgan,  
y allá lejos se deshacen,  
por el viento arrebatadas,  
la luz de la luna encienden,  
la luz de la luna apagan;  
la misma luz que otro tiempo  
fué de sus venturas lámpara,  
vierte su luz melancólica  
sobre Rodrigo de Praga,  
que en medio de los revueltos  
despojos de la matanza,  
yace, bañado en su sangre,  
que aun de la ancha herida mana  
Bella cruza ante su vista  
la imagen de su esperanza;  
la va á perder para siempre,  
no ha de volver á mirarla!

#### V

—“Qué triste es morir tan só  
qué triste es morir, exclama,  
sin escuchar el gemido

siquiera, de mi adorada!  
Qué te hice yo, suerte impía,  
y ella qué hizo, suerte ingrata,  
para que fueras conmigo  
y con ella despiadada?  
¿Por qué de la ausencia eterna,  
el imposible levantas,  
y con tu beso de muerte  
para siempre nos apartas?  
Sintió Rodrigo en su pecho  
caer una inmensa lágrima,  
y como en la mar, en ella  
sintió que se ahogaba su alma!

## VI

Tenues nubes vaporosas,  
copos de espumas rizadas,  
sutiles ondas de humo,  
encajes de filigrana  
de sombras crepusculares,  
girones de leves gasas  
en derredor de la luna  
ya se mezclan, ya se apartan,  
un melancólico rayo  
penetra en una ventana  
y hendiendo la sombra oscura  
sobre un lecho se dilata,  
y allí el confuso contorno  
de una humana forma traza  
mal dibujando las líneas  
sobre las sábanas blancas. . .  
pálida virgen que al mundo  
de la bienaventuranza  
tornas los ojos marchitos  
que ya de llorar se cansan,  
deja en el huérfano lecho  
los lienzos que te amortajan,  
esconde en la sepultura

tu belleza inmaculada,  
y al cielo, sobre esas nubes  
encúmbrate, que te aguardan  
tus celestes ilusiones!  
tus celestes esperanzas!

## VII

Murió y al morir sus labios  
dijeron estas palabras:  
-¿En qué pensará Rodrigo  
que no contesta mi carta?

Mérida, marzo 22 de 1883.

## JOFRE LOSCOS

### I

En un oscuro aposento  
inmóvil y silencioso,  
sentado en una poltrona  
está el viejo Jofre Loscos.  
No lejos de él en un ancho  
sitial, doblado el airoso  
busto, como la flexible  
rama de huracán al soplo,  
como en su tallo caída  
la flor; escondido el rostro  
entre los brazos, que cuelgan  
cruzados con abandono,  
está una dama, muy joven  
según lo negro y copioso  
del cabello; por lo esbelto  
de la espalda y de los hombros,  
por lo suave y por lo puro  
en las líneas y en los tonos  
de sus manos bellas, blancas  
como el jazmín de los trópicos.  
Jofre la ve con ternura  
que es su nieta, su tesoro,  
y al mirarla de su pecho  
se escapa un débil sollozo.

### II

—¡María, María exclama  
al fin Jofre, en blando tono,  
y alzó María la frente,  
y abrió María los ojos.  
Frente y ojos como el ébano  
y el mármol, cuando uno y otro  
están juntos y es lo blanco

y es lo negro más hermoso.  
-María"  
-Padre  
-¿Qué tienes?  
-es un malestar tan hondo,  
que siento que no respiro,  
que siento que me sofoco,  
-Sal, María.  
-Es que no puedo.  
-En un tiempo.  
-El tiempo es otro.  
-Haz un esfuerzo.  
-Imposible.  
-Busca el aire.  
-El aire es poco.  
-Busca tus flores,  
-Mis flores  
murieron con el otoño,  
y ó volaron con el viento  
ó se hundieron en el polvo.  
-Dime, ¿qué tienes, María?  
-¿Qué tengo, padre? Conozco  
que voy á morirme...  
-Calla!...  
-¡Que voy á morirme pronto!  
-¿Morirte?  
-De pena muero,  
-¿Qué te hace falta, si en torno  
todo lo tienes?...  
-Es, padre,  
que me lo robaron todo.  
-Amaste, hija mía, amaste?  
-Y fué amor tan poderoso  
y en colmarme de venturas  
fué tan grande y fué tan pródigo,  
que al arrancarme en un día  
el destino mi tesoro,  
se llevó mis ilusiones,  
mis esperanzas y todo!  
Aire sobra y no lo tengo,  
sobra luz y el mundo es lóbrego,

siento nubes en mi frente,  
siento sombras en mis ojos;  
siento, porque no lo veo,  
siento, porque no lo toco,  
que hay un ser como un fantasma  
impalpable y vaporoso,  
que en torno de mi se agita  
que me llama y le respondo,  
y si le llamo parece  
que huye con semblante torvo,  
Que vuelve; que me persigue,  
que llora cuando en el colmo  
del placer sueño que vivo...  
¡y se ríe cuando lloro!  
Y es él, padre, es él; el mismo  
Pedro de Mena, el hermoso  
mancebo, aquel que me dijo...  
no sé qué me dijo... todos  
mis placeres de otros tiempos  
mis recuerdos cariñosos  
las flores, mis compañeras,  
y los libros mis tesoros;  
el cielo que era mi encanto;  
las estrellas mi alborozo,  
el arpa que me compraste...  
Todo, todo, todo, todo,  
lo olvidé por lo que dijo  
Pedro de Mena y que aun oigo  
que está en mi oído sonando  
con acento melodioso.  
-¿Dónde está Pedro de Mena?  
gritó con acento ronco  
de pie y temblando y sombrío  
el anciano Jofre Loscos.  
-¿Dónde está? ¿dónde? María  
contesta.  
-Padre, lo ignoro.  
Está en mi pecho, en mi alma,  
en donde estamos nosotros,  
¡Huyó!... me olvidó por otra,  
por otra, padre, y aun vivo...

Ya lo ves, el tiempo es otro!  
Cayó el viejo en su poltrona  
lo mismo que herido tronco  
por el rayo y apoyando  
en sus rodillas los codos,  
después de lanzar del pecho  
como un rugido un sollozo,  
entre sus manos, más pálidas  
que el marfil, ocultó el rostro.

### III

En una hermosa capilla  
de paños negros cubierta,  
con un altar en el fondo  
donde arde un blandón de cera  
con un grande mausoleo  
labrado de parda piedra  
con un sencillo epitafio  
y una cruz, á la derecha,  
está sentado un anciano  
en una poltrona vieja,  
y cerca de él de rodillas  
grave y sombría una dueña.  
Los dos una cosa misma  
en sus pensamientos piensan,  
los dos en silencio lloran,  
los dos en silencio rezan.

### IV

Los dos alzaronse á un tiempo  
y á un tiempo á la negra puerta  
del mausoleo llegaron  
con marcha pesada y lenta.  
—Abre, Inés, murmuró Jofre.  
Y abrió Inés la puerta negra,  
y entró Jofre en el sepulcro.

Acércate, Inés, escuha,  
y entró Inés á la desierta  
bóveda del mausoleo  
casi envuelta en las tinieblas.  
-Repítelo, en este sitio  
has visto á Pedro de Mena,  
al mismo, Pedro, esta tarde  
en el atrio de la Iglesia?  
-Le ví-dijo Inés: con sorda  
voz y perceptible apenas.  
¡Y se oyó como un gemido  
en el fondo de la tierra!  
-Te dijo al morir, María,  
que buscaras al de Mena  
y que en su nombre le hablaras  
y á este sitio le trajeras  
-Así al morir me lo dijo:  
que fué de Pedro promesa,  
buscarla viva, en su casa,  
buscarla en su tumba, muerta.  
Y pues murió de dolor  
la infortunada doncella,  
aquí que acuda á la cita.  
Ve, Inés, por Pedro de Mena.  
Salió Inés, tras ella Jofre  
salió, quedóse en la puerta,  
¡y se oyó como un gemido  
en el fondo de la tierra!

## V

Oyó Jofre pasos lejos;  
oyó después pasos cerca,  
y entraron á la capilla  
un mancebo y una dueña.  
Abrió más la puerta Jofre  
y oculto quedó tras ella,  
y tomó Inés para guiarle  
al mancebo de la diestra.



-Venid... dijo... aquí D. Pedro  
os dió la cita primera...  
También os guí de la mano  
en esa vez como en ésta.  
Vestido todo de negro,  
sin temor, tal vez con pena,  
con la mirada muy dulce  
á veces, y á veces fiera,  
pálido el rostro moreno,  
y el pecho obscuro y la espesa  
barba y el bigote, largos  
á la usanza de la época,  
avanzó, puesta en el puño  
de la espada la siniestra  
mano, con tranquilo paso  
y lento Pedro de Mena.

## VI

-¿Dónde está? dijo D. Pedro  
-Allí... murmuró la dueña,  
y entró D. Pedro resuelto  
á la bóveda desierta.  
Oyóse un tercer gemido  
en el fondo de la tierra,  
y luego el golpe sonoro  
que hace el que caer se deja  
de rodillas en el suelo,  
cuando hay una cripta hueca  
debajo de las rodillas  
y encima de la conciencia!  
Después oyeron; Inés  
y D. Jofre, como esas  
lejanas voces que suelen  
oír, tal vez los que sueñan;  
cuando todo calla y duerme,  
cuando al rozar las tinieblas  
con las tinieblas parece  
que al alejarse se quejan...

Luego oyó distinto, claro,  
D. Jofre hablar á su nieta,  
que le dijo: "cierra, padre,  
cierra ya la puerta, ¡cierra!"  
Inés cayó de rodillas,  
cerró Don Jofre la puerta,  
y en el altar sobre el ara  
se apagó el blandón de cera.

Mérida, abril 14 de 1883.

## EDUWIGIS

### I

Sobre el negror de la noche  
sus vagos sutiles velos  
la pálida luz del alba  
va tendiendo trecho á trecho,  
sobre los campos del cielo,  
donde están los horizontes  
y donde están los luceros!  
Todo es silencio en la playa,  
todo es en la mar silencio,  
y es el rumor de las olas  
como un suspiro del viento!  
Solo desde la ribera,  
en lontananza, á lo lejos,  
se mira como un fantasma  
casi blanco, casi negro,  
mal envuelto entre la bruma  
de un bergantín al bosquejo  
ya con las lonas hinchadas,  
tirantes los aparejos,  
moviéndose lado á lado  
con un dulce movimiento,  
como si estuviera libre,  
como si estuviera suelto!  
Fija la vista en el agua  
que está sus plantas lamiendo,  
está una hermosa doncella  
más hermosa que un ensueño;  
tiene en gajos el obscuro  
y destrenzado cabello,  
dado á los besos del aura,  
dado á los besos del céfiro;  
y tiene dada á su frente  
al arpón de un pensamiento  
y su pecho á los suspiros  
que se lo desgarran dentro,

y sus ojos y sus párpados  
á sus lágrimas de fuego,  
que sus mejillas abrasan  
conforme se van cayendo,  
cayendo sobre los labios  
donde dormía su nieta,  
de coral húmedo y terso  
donde la palabra espira,  
donde espira hasta el aliento,  
porque están como la playa  
y como el mar, ¡en silencio!

## II

Más junto de la doncella  
se ve un hombre y se oye un eco,  
un hombre que está llorando  
y un eco que está gimiendo!  
Un cuerpo que es corazón,  
una voz que es sentimiento,  
dulce, armoniosa, sencilla,  
llena de amor y misterio;  
como querella de ave  
que está llorando á su dueño,  
que llora enamorada,  
porque es llorar su consuelo;  
voz del alma, un canto, un himno,  
lánguido sollozo tierno,  
rumor de plumas que llevan  
leves ráfagas del viento  
que azotan las cuerdas de oro  
de liras de bardos muertos,  
que están cubiertas de polvo,  
de polvo de cementerios,  
polvo de flores marchitas,  
polvo de tristes recuerdos,  
polvo de falsas promesas  
y desengaños funestos! . . .  
Voz del alma; un himno, un canto,

rumor de brisa, ligero,  
desprendido de las ondas  
que dan un último beso  
á la espuma que las cubre,  
que las envuelve muriendo,  
cuando es para ellas sepulcro  
la arena que juzgan lecho!

### III

-“Llegó el momento, Eduwigis,  
ya lo ves; llegó el momento;  
¡ojalá que no llegaran  
los que han de ser como éstos!  
¡Cómo es el andar del hombre,  
cómo es el andar del tiempo,  
que siempre nos encontramos  
por más despacio que andemos!...  
¡Qué paz en estas alturas!  
¡Qué tristeza en nuestros pechos!  
¡Todo tranquilo allá arriba,  
aquí abajo todo inquieto!  
Nunca te olvides de mí,  
de tu Marcos, de tu siervo;  
del único á quien besaste  
con esos labios tan bellos!  
Cuando mires una sombra,  
dale formas con mi cuerpo  
y haz que á mi se parezca  
si es que me sigues queriendo;  
cuando tengas una idea,  
dale con mis pensamientos  
forma y color si es que siempre  
sigo siendo tu embeleso!...  
Si me olvidas, Eduwigis,  
si te olvidas de tu dueño,  
si te olvidas de mi amor,  
si olvidas tus juramentos,  
olvidate, por piedad,

hasta del nombre que tengo;  
que no te perdonaría  
la ofensa de tu recuerdo!...  
No me olvides, no me olvides  
si es que soy tu amor primero;  
pero si no soy el único  
quiero que me olvides presto;  
borra mi imagen del alma,  
bórrala del pensamiento,  
y borra hasta los borrones  
con que me borres... No quiero  
ni la sombra de mi sombra  
ni de esa sombra el ensueño  
ni de que soñaste un día  
con mi amor y con mis besos!  
Adiós, mi bien, mi tesoro,  
adiós, mi ardiente embeleso,  
junta tu frente á mi frente,  
y pues que tu alma me llevo,  
toma el alma que te doy  
porque toda te la dejo!...

#### IV

Un instante nada se oye...  
-¿Y si no vuelves?  
-Sí vuelvo.  
-¿Y si no vuelves?  
-Entonces  
será señal de que he muerto!

#### V

Del bote que lleva á Marcos  
mira Eduwigis los remos;  
los ve que salen del agua,  
y le golpean el seno,  
y le salpican el rostro...

¡Y es el golpear de su pecho,  
y es el agua de su llanto,  
como la del mar inmenso,  
salobre, amargo, ardoroso,  
y, de más á más eterno!  
¿Por qué no se paralizan  
los brazos de los remeros,  
y entre el bergantín y el bote  
no abre murallas el viento?  
Ya ve Eduwigis, no más,  
casi blanca, casi negro,  
aquel extraño fantasma  
mal entre brumas envuelto,  
que se va porque ya es libre,  
que se va porque está suelto!

## VI

Pasa un año y otro, y otros  
pasan, como pasa el tiempo,  
para los dichosos, rápido,  
y para los tristes, lento!  
¡Qué lentamente se mueven,  
nave del amor, tus remos,  
cuando el dolor paraliza  
los brazos de tus remeros!  
Espera en vano Eduwigis,  
al fin, un día, el exceso  
de la pena le arrebata  
la luz del entendimiento.  
¡Qué tinieblas la rodean...!  
¡Cómo está el negror de espeso  
en esos campos que van  
cruzando sus pensamientos!  
Todo es silencio en la playa,  
todo es en el mar silencio...  
Clava en las ondas sombrías  
los ojos negros y tercos,  
y mira, como un fantasma

casi blanco, casi negro,  
mal envuelto entre la bruma  
de un bergantín, el bosquejo.  
Le ve las lonas hinchadas,  
tirantes los aparejos,  
y lo ve que va á lo largo  
de la costa andando lejos;  
y ella entonces de la orilla  
á lo largo va siguiendo...  
¡Va siguiendo aquella hermosa  
ilusión de sus ensueños!

## VII

¡Cómo corre el bergantín,  
y ella, cómo va corriendo;  
él en el desierto azul,  
ella en el blanco desierto!  
El delante: ¡la ilusión!  
Ella detrás: ¡el deseo  
entre sus alas doradas  
se la lleva como el viento!  
¡Qué lejos están los dos,  
qué lejos están del puerto!  
La nave sigue... ¡no para!  
ella para, y cae al suelo!...  
¡Quién va á buscar una nave  
en ese mar de los sueños!...  
¡Y quién va á desenterrar  
de la arena un esqueleto!

Mérida, mayo 6 de 1885.



**Crónica de Manuel Gutiérrez Najera,  
El Partido Liberal, 26 de agosto de 1888**

**PEQUEÑOS DRAMAS, DE JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS**

Un nuevo volumen de versos del señor don José Peón Contreras, es siempre una buena fortuna para todos los amigos de la poesía. El último que ha publicado con el título de *Pequeños dramas*, merece el más vivo elogio.

Dice su autor, en la dedicatoria del libro, que los veinte romances en éste coleccionados, fueron escritos "para el álbum de una joven y noble dama, rindiéndole con ellos homenaje a su excepcional, privilegiada, inteligencia". Voy a permitirme criticar la dedicatoria, ya que no puedo hincar el diente en los romances. Los que el tomo contiene son diez y siete y el poeta anuncia veinte. O ha hurtado tres a nuestra administración, y en tal caso le acuso formalmente a la autoridad respectiva, como a ladrón de joyas, o no sabe sumar. Esta crítica resume el efecto que produce en el ánimo la lectura de esos diez y siete romances: en terminándola, se pide, se exige imperiosamente la entrega de los otros tres; se siente uno robado y se enoja con el poeta que fue avaro y se dejó tres perlas en su estuche. Los veinte romances tienen este único defecto: faltan tres.

Cuenta el señor Peón Contreras, muy donairosamente y en la misma dedicatoria, que sus versos aparecen "tales como se escribieron, sin artificioso arreo, sin artística compostura, lo mismo que las aves parten del nido, ávidas de espacio, de horizontes y luz, sin preocuparse del dolor de sus plumas, ni del valer de sus canciones, ni de su fuerza para volar. Cantan lo que saben y vuelan lo que pueden".

Esta es una conquetería del señor Peón Contreras que también censuro, porque he cobrado inquina a la dedicatoria susodicha. Las mujeres y las musas feas son las que han menester de afeite y atavío para mostrarse en público. Las hermosas y los versos del señor Peón Contreras no tienen de apelar a tales medios de seducción. Encantan una mujer bella despeinada y una poesía del insigne poeta yucateco. Porque saben esas leyendas que son muy bonitas, piden perdón por

haber salido en peinador. Están mejor así, señor Peón Contreras, mucho mejor!

Que la poesía seudoclásica se haga nimio y escrupuloso tocado, está en razón: es una vieja que se ajusta y alisa la peluca. Pero la de usted, señor Peón, es una muchacha muy fresca y muy bonita, que gusta más cuando la vemos con las mejillas todavía calientes por el roce de la almohada. Lejos de que esto nos contrarie, damos las gracias porque usted nos permitió asistir al *petit lever* de su musa juvenil.

El señor Peón Contreras no es un poeta de oficio, sino un poeta de obligación. Él es médico, senador, hombre político. No escribe los versos: le brotan. Tal vez querrían —impíamente— librarse de esa fatalidad, pero es irremediable. ¿Tienen la culpa el cielo de que Dios pusiera en él estrellas y la tierra de producir flores? Por eso no lima o pule sus versos. Saltan del lecho y se van; son niños que corren para que su mamá no los peine. ¡Qué inquietos! ¡qué traviosos! pero ¡qué bonitos! Él no dice: “Son míos”, pero ellos dicen: “somos suyos”. El se disculpa con los extraños de que tengan un desgarrón en el vestido o una mancha de zumo de moras en los labios, pero nosotros los acariciamos porque así nos gustan más.

Cuando un poeta me dice: “Estoy haciendo una poesía”, me escandalizo como si la tierra me dijera, “estoy haciendo una rosa”. Estas cosas no se hacen: aparecen. El poeta es el árbol: la poesía es el ruiseñor. Viene, y se para en una rama y allí canta. Si la rama está seca, el ruiseñor se va.

El señor Peón Contreras es irresponsable de que los ruiseñores le busquen tanto. Acaso les cierra la puerta, pero ellos, como tienen alas, entran por el balcón.

¡Y qué ruiseñores los que cantan en esos diez y siete romances de los *Pequeños dramas*! A cada uno se le dice como a Romeo. “¡Sigue cantando!” Casi todos los *pequeños dramas* tienen parecido argumento: una mujer que muere de amor, un perfume que se evapora, una alma que se va, un beso que no acaba, una boca que cita a otra para el cielo pero ¡qué brillantéz, qué frescura en las descripciones! Cada verso está cuajado de rocío. Cada frase brilla como luciérnaga.

Peón Contreras no es un poeta, sino un bardo. Canta muy bien

“El trovador” y da en todas sus poesías el do de pecho. Me estorba que se llame José: debía llamarse Manrique. Oíd, por ejemplo esta serenata:

*Para ti la luz del día  
Que tu corazón alegra  
Para mí la noche negra  
Que es muy mía,  
Que la adoro;  
Pues que entre sus sombras lloro  
Por tu amor y por tu encanto;  
Para mí su negro manto  
Para tí su manto de oro.  
Para tí luz y colores  
Porque venturosa fuiste;  
Para mí que vivo triste,  
Tristes flores,  
Pues con ellas  
Aliento mis querellas  
Y quebranto mis congojas,  
Para mí las secas hojas,  
Para tí las hojas bellas.*

Estos versos requieren el acompañamiento de un laúd. Están engarzados en un romance, como el diamante en su arillo de oro. Yo confieso que tenía antes cierta antipatía al romance. Me parecía que le hablaba muy de cerca a la prosa. No es ella —pensaba— pero sí su vecino.

De niños, preferíamos la banda militar al violín de Paganini y el consonante, el cuarteto endecasílabo sonoro, al romance y al verso libre. Después, la poesía nos va diciendo: yo no necesito de tanto, sé ser pobre, puedo estar en todas partes —y la encontramos más en *negligé*, más al natural, más nuestra, porque somos ya sus íntimos amigos, en el romance y en la misma prosa, que suele ser su traje de casa. En Peón Contreras siempre la he encontrado. Aun cuando quiere escribir en prosa, escribe en verso. Hay en él mucho de la fantasía que tuvo Arolas y como éste puede decir:

*Pláceme historias pasadas  
De andante caballería,*

*Y, en ser las noches llegadas,  
Olvidar penas del día  
Con los cuentos de las hadas.*

*Y luego, en lecho de flores,  
Si las hadas me dejaron,  
Ir soñando los amores  
Que tuvieron y cantaron  
Los antiguos trovadores.*

Ve Peón un drama de la vida, y no puede menos que arrancarle la levita al héroe y vestirle de paje, o de halconero o de heraldo. Tiene un lujo de seda, de encajes, de terciopelo prodigioso. Él vive, por ventura, entre nosotros; pero su imaginación está en la Edad Media. Cuando escribe, nos lleva a su castillo y hace los honores de él como un gran señor. Quiere cantar a una mujer y la hace reina. Este tomito de romances es un verdadero alcázar feudal. A él llega el peregrino que vuelve de la Tierra Santa y refiere sus aventuras; se oye el rumor del beso que da el paje a la menina en el oscuro pasadizo; se ven hachas encendidas, retratos de vetustos antepasados pendientes en las paredes y golas y hábitos de monjes y volar de cuervos en torno de los pardos toricones. Cada romance suyo es un hermoso gobelino.

Querría citar muchos de ellos, pero vacilo como el ladrón que no puede llevarse todo un cofre de alhajas y titubea y duda delante de él, para ver de llevarse la más valiosa. En el momento rápido del hurto la elección es difícil. Si los que me leen siguen mi consejo y saborean los *Pequeños dramas*, a cambio del mal rato que les dé mi desabrida prosa, tendrán un minuto. Cuando se lee un libro de Peón todo tiempo gastado en la lectura parece minuto al acabar, de verdadero y legítimo deleite. Yo soy y quiero ser únicamente el portero de esta obra y decir al lector: El poeta está en casa, pase usted.

Citar uno de sus versos fuera falta de caridad. Sería como si la mujer a quienes ustedes amen nada más les diera un beso. Leed los *Pequeños dramas*. Tienen el defecto de ser pequeños, el defecto de no ser veinte; pero el libro es muy bueno... se parece a su autor.